



Los paisanos que habitan al sur de los Pirineos siempre han presumido de ser una raza independiente. Por estos parajes la independencia se ha conquistado unas veces de grado y otras a la fuerza. Ahora, por ejemplo, los españoles somos independientes del Mercado Común, sin haber hecho ningún sacrificio, sin mártires y héroes de castillo, sin haber ensangrentado ninguna página de la historia. Simplemente Europa va por un sitio y nosotros por otro. De modo contrario, cuando se tercia, esta raza es capaz de constituir un 2 de Mayo, de fabricar Viriatos en molde, de formar parejas como Indibil y Mandonio o Daoiz y Velarde que lo mismo ganan una guerra con sables que un concurso de la canción del Tajo con el

**A VENDRE, FOR SALE, ZU VERKAUFEN, TO KEEP**



jurado en contra. De hecho, según cuenta la etiqueta internacional, el español es orgulloso e independiente, muy arriscado en los castillos, con sus guerrillas, sus gambas al ajillo, o sus casas de labranza.

Sin embargo este país tan feroz se está rindiendo al extranjero por parcelas. Entrás por la Junquera y te da la primera impresión de que aquí todo está en venta. Sobre las pardas lomas de cienetos encinares

cartelones con letras de fósforo para que se vean también de noche anuncian a las potencias de fuera (a vendre, for sale, zu verkaufen, to keep) llegadas a bordo de peugeot y sin camisa que aquí por cuatro perras se expenden cachos de patria en cómodos plazos. Y lo mismo se vende una parcela donde hay enterrados yelmos y adargas de alguna antigua batalla de la que Menéndez Pidal ha sacado un tomo que se liquida un casti-

llejo sobre el alcor; lo mismo se pone a disposición de un tío de Grenoble un lienzo de muralla mediante tarjetas del «Diners» que un tipo propietario de salchichas de Francfurk sienta sus reales en un cabo de nuestra costa con faro derruido desde el cual nuestros recios carabineros avizoraban antiguamente al turco, al moro o al contrabandista de Chesterfield. Y luego estos sedientos y descamisados ejércitos extranjeros una vez ocupado el territorio a través de los folios de notaría se limitan a apagar la sed con una gaseosa de fabricación nacional. Está claro que la guerra de la Independencia debe empezar desde el Ministerio de Hacienda.

MANUEL VICENT